

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

## Precios de suscripción.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 46 rs. id.

Números sueltos un real vellón.

## REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

## Puntos de suscripción.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Creimos que con nuestra franca manifestacion á *El Saldubense*, inserta en nuestro número anterior, este sensato colega se daría por satisfecho; pero sospechamos que no ha sido así y lo sentimos. Dice en su réplica del martes 29 que la alusion (la de la malhadada caricatura) *parecia bastante directa*, y que *nada le cuesta el creernos por nuestra palabra*.

¡Es mucho empeño de ser caricaturado; cuando, no obstante la satisfaccion dada, insiste erre que erre en ser fiero leon y en ser aserrado y en hacer música! Y es decir que sí, en vez de no *costarle nada*, le costase siquiera dos *cuadernas* el creernos *no nos creeria El Saldubense por nuestra palabra*? ¡Válganos Dios por Inés...! Pues sepa este señor que nuestra palabra vale tanto como la que mas; y que, de no aceptarla, su incredulidad á nosotros no nos perjudica, y á él no le favorece.

Añade *El Saldubense* que *comenzará á dejar libre de indirectas y alusiones picantes contra El Duende las demás secciones de aquel periódico, en lo cual no imita nuestro ejemplo*.

Tambien ha habido en *El Duende* indirectas y alusiones picantes contra *El Saldubense*. ¿Antes ó despues de su brusco ataque? ¿Antes? Lo negamos. ¿Despues? Hemos acudido por derecho natural á nuestra defensa. Se va pareciendo nuestro colega á los vecinos de Guillella, en Andalucia, á quienes las Ave-marias se les figuran pullas.

Hubo un dia en qué nuestro ilustrado y, entonces para nosotros, bondadoso colega, nos pedia *un tantico mas de sátira*, como necesaria al agrado del público y al aumento de nuestras suscripciones. Nosotros respondimos, que «quizá llegára el tiempo en qué se nos encontrase demasiado satíricos.» Pero estábamos muy distantes de creer que mereciésemos la primera y úni-

ca censura hasta hoy del mismo periódico que nos pedia sátira, y á cuya consideracion no nos hemos hecho indignos ni con indirectas ni con directas; por mas que *El Saldubense* diga lo contrario.

*El Duende*.—Señores redactores, basta de tonterías. Prohibo á ustedes que se ocupen de este asunto.

*La redaccion*.—Señor director, será V. obedecido.

## La caridad.

Todos hablan de la caridad, y creen ejercerla dando una pieza de dos cuartos al primer holgazán que encuentran en la calle, quien en vez de empuñar un azadon y abrir la tierra con el sudor de su rostro, se convence de que es infinitamente mas cómodo vivir á espensas de los demás, poniendo en práctica aquellos escelentes versos de mi inolvidable y malogrado amigo Espronceda:

«Mio es el mundo: como el aire libre,  
Otros trabajan por que coma yo;  
Todos se ablandan si doliente pido  
Una limosna por amor de Dios.»

Este holgazán disfrazado de mendigo, recoje los cuartos y los cambia inmediatamente por vino en la primer taberna que encuentra al paso.

Cree ejercer la caridad quien alarga un par de reales á una *viuda vergonzante* que, mejor vestida que muchas que no lo son, embiste á cuantos pasan junto á ella; fija sus reales para estar mas cómoda y mas fresca, en el interior de los templos, distrayendo á los devotos en sus rezos y haciendo su agosto, con el cual compra chocolate, leche y pastelillos; y muy tranquila en su cómoda habitacion se regala á espensas de los caritativos, de quienes se rie mascando á dos carrillos.



Quien da unos cuartos á aquel ciego, que ve mas que un lince, tan solo porque unas niñas colocadas en un balcon de enfrente puedan admirar su caritativo corazon.

Quien socorre á una madre, que jamás lo ha sido, y que lleva á pasear por esas calles los chiquillos de sus vecinas, quedándose estas muy á sus anchas, y pasando aquella por mujer que *tiene su marido en el santo Hospital*, encontrándose ella *sin un pedazo de pan que dar á sus pobres angelitos*.

No diré nada de los caballeros de industria, víctimas de la intriga unos, de la opinion otros, de negocios desgraciados los de mas allá, y recurriendo á sus amigos para que remedien sus cuitas y les ayuden, aunque tan solo sea con seis ú ocho napoleones, que, de fijo, devolverán muy en breve. Estos necesitan un artículo á parte.

Pues bien; á los que nos compadecemos de estas gentes, y nos dejamos engañar, y soltamos nuestros reales se nos llama vulgarmente *caritativos*: con mas propiedad se nos debia llamar *necios*. Sí, *necios*; porque en vez de socorrer la miseria, fomentamos los vicios; en vez de hacer trabajadores, hacemos holgazanes; y vemos la miseria donde no existe, y no vamos á buscarla en el reducido tugurio donde se halla en toda su horrible desnudez; donde se oculta; donde muere, quizás, víctima de desgracias inmerecidas y de una santa vergüenza, que Dios tan solo comprende y ve con su omnipotente y divina mirada, y cuyo galardón prepara con su recta justicia, con su infinita misericordia.

Démonos el trabajo de buscarlos y encontraremos:

Un ex-empleado encanecido en el bufete y que debe su miseria á su probidad invencible, á su honra inmaculada.

Un antiguo oficial, que arrebató al águila de Córcega una bandera en Bailen, dejando allí, en cambio, su brazo derecho. La bandera, en Atocha, es un recuerdo de gloria para nuestras armas: el mutilado, hambriento y relegado al olvido en una miserable boardilla, es un padron de ignominia para la patria ingrata.

Una madre, que vela junto al lecho de su hermosa hija agonizante, á la qué no puede ofrecer otro alimento ni mas socorros que un inagotable raudal de amargas lágrimas.

Un artesano honrado inutilizado en el trabajo.

Un literato ciego por el estudio y las vigiliás.

Una viuda, que confió á un indigno banquero el fruto de largos años de economías.

Y tantos otros, cuyos infortunios se ignoran y yacen en la oscuridad y en el mas completo abandono.

Allí ha de buscarse la verdadera miseria: allí puede ejercerse la verdadera caridad, la que es siempre recibida con bendiciones y con lágrimas de gratitud, la que Dios nos recomienda como base de nuestra santa, de nuestra hermosa, de nuestra augusta religion.

Ejercer la caridad de otra manera es esponerse á la

burla de aquellos en quienes se ejerce; y esto me recuerda una anécdota que quiero contar á mis lectores para concluir este demasiado grave artículo.

El cardenal de Bar poseia en las inmediaciones de Nápoles una villa (casa de campo) que habitaba con frecuencia. Un verano, durante el cual reinaba en el país una enfermedad epidémica, el cardenal, guiado por su caritativo corazon, ofreció su deliciosa morada para instalar en ella los convalecientes necesitados.

Acudieron al principio diez enfermos, despues veinte; estos hicieron ir allí á sus familias, á sus amigos, á los conocidos de sus amigos; de suerte que al otoño cien indigentes holgazanes se habian instalado en la quinta, mandando en ella como en país conquistado.

Los magistrados de la ciudad quisieron emplear contra los invasores la violencia; pero el cardenal se opuso. Uno de los sirvientes del buen prelado ideó el siguiente recurso, que inmediatamente puso en ejecución.

Se disfrazó de médico, reunió los fingidos enfermos y encontró en todos ellos síntomas alarmantes.

—El agua de esta quinta es perniciosa, les dijo. La gordura escesiva que advierto en vosotros me lo descubre. Felizmente está en mi mano el medio de curaros sin demora.

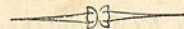
(Gritos de alegría, bravos de entusiasmo de los *lazzaronis*.)

—Necesito para ello grasa humana, continuó, para componer un ungüento eficacísimo, maravilloso. Uno solo de vosotros va á sacrificarse por todos. Vais á echar suertes, y al qué le toque será cocido en agua hirviendo para dar la salud á los demás.

(Los *lazzaronis* se miran entre sí recelosos y desparvoridos.)

—Si no queda hecha vuestra eleccion esta noche, dijo concluyendo el falso médico, yo me encargo de envenenar á uno de vosotros mañana sin falta, y dejaré la eleccion de cuál ha de ser á la casualidad.

(Alboroto, confusion entre los *lazzaronis*.) A media noche evacuaron completamente la villa, y el cardenal pudo entrar en ella con la debida libertad; haciendo firme propósito de emplear en lo sucesivo su caridad mas dignamente; y, de fijo, lo cumpliría; porque el cardenal era hombre de palabra.



## EL ULTIMO MECHON.

Historia descabellada.

I.

De como Paula tuvo barruntos de D. Serafin.

Érase una tarde de otoño del año 1864.

—No creais que esta historia pertenece al porvenir; es una historia pasada de puro vieja.

Calle de Cantarerías

habitaba doña Paula,



en cierta casa, que tiene  
junto al balcon una jaula.

Hija de padres viudos, blanda de corazon; pero de  
acrisolada virtud.

Cuentan los vecinos, gente desocupada y maldicen-  
te, que si se muere, aun cuando es de estado hones-  
to, no irá á la iglesia con palma. Las tiene horror.

Esto no viene á pelo, aunque de pelos ha de tratar-  
se en esta historia.

Adelante.

En soberbio salon de media vara,  
adornado con muebles de caoba,  
está doña Paulita con escoba,  
pintando al fresco su divina cara.

A la sazón tenia nuestra heroína sesenta y cuatro  
años.

Habia nacido en mil ochocientos.

Ahí teneis explicado el por qué esta narracion co-  
mienza el año sesenta y cuatro.

No os estrañará, sabiendo que la escribo en el siglo  
que viene.

Adelante.

Un grave acontecimiento habia conmovido sobre su  
base la ciudad Augusta.

La llegada de don Serafin por el ferro-carril de  
Alfocea.

¿Don Serafin era un acontecimiento?

No: don Serafin era un organista de Murviedro.

Hijo de un antiguo capitan de nacionales de Feli-  
pe V.

Don Serafin vió la luz pública el año del hambre.

Tal era la suya que se arrancó á mordiscos el ru-  
bio pelo con qué le dotára naturaleza.

Pero. . . . .

## CAPÍTULO II.

*Ya pareció aquello.*

En su furor hotentote  
sus mordiscos no alcanzaron  
cuatro pelos, que quedaron  
plantados en el cogote.

Aquellos pelos, lector, pasaron á la posteridad.  
Tan exiguo mechon causó la admiracion de Europa.  
Nada, nada puede imaginar la mas exaltada fan-  
tasía comparado al delicioso y vaporoso aspecto de los  
pelos de don Serafin.

Era el *nec plus ultra* de lo bello.

Ligeros, juguetones, fascinadores, en las múltiples  
formas que tomaban al impulso de la brisa, no habia  
corazon que resistir pudiera á su atractivo.

Por eso. . . . .

## CAPÍTULO III.

*Continuacion del primero.*

Paula, la sentimental, la cándida paloma, que habia

conservado durante sesenta y cuatro años virgen su....  
corazon, le amó desde que le vió.

Como digimos, estaba en su aposento pintándose;  
pero mientras hemos escrito el capítulo segundo, ha  
tenido tiempo de pintarse.

Ahora llora.

Y despues suspira.

Y en el aposento se percibe olor *non sancto*.

Algo bulle en su imaginacion volcánica.

De pronto, súbito, *tout á coup*, toma una pluma y  
escribe.

¿Quereis saber lo que escribe?

*Eccolo.*

Serafin de serafines,  
nacido entre los jardines  
de la ciudad de Estambul,  
me tienes hecha un baúl  
adorando tus chapines.

Delicioso monigote,  
mi corazon está lelo  
y se me rompe el escote:  
dame un pelo, solo un pelo  
de tu divino cogote.

Oye, querido Absalon;  
para alcanzar tu mechon,  
te espero todos los dias.....  
calle de Cantarerias.  
Se sube por el balcon.

*Paula.*

Cerró y besó la carta y la entregó á la tia Carmo-  
na, mujer que. . . . .

## CAPÍTULO IV.

*De cómo es la tia Carmona  
una solemne bribona.*

La tia Carmona no se sabe cuando nació.

Hay quien asegura que trabajó en la torre de Babel.  
Quien pretende que guisó el cocido que se sirvió en  
las bodas de Adan.

Unos sostienen que estuvo casada en segundas nup-  
cias con Viriato; y otros que con un cabo de munici-  
pales.

Y.... algunos afirman que aun no habia nacido en  
la época presente.

El hecho es que á la sazón del cuento estaba de  
portera en la calle de Cantarerias, casa de doña Paula.

La tia Carmona habia conocido la afición de la don-  
cella al del mechon.

Pero.... la tia Carmona no habia podido resistir  
á los efluvios magnéticos de los pelos de don Serafin.

¡PROFANACION!!!!

La tia Carmona, sin ser besugo, tenia sus escamas;  
y como á perra vieja no hay tus, tus, resolvió. . . .

Lo que vereis en el capítulo siguiente.

*(Se continuará.)*





—¿A donde se va, caballero?  
—A tomar los baños de mar.  
—¿A Biarritz?  
—No; á Ceuta, por cuenta del Estado.



—Agur, señor don Homobono.  
—A donde bueno, don Lesmes?  
—A los baños. ¿Y usted no viene?  
—Yo me quedo tomándolos de sudor.



Mi mujer y el pequeño equipaje de mi mujer.

Ayuntamiento de Madrid







## Hacer negocio.

¿Qué significa *hacer negocio*?

Hace cosa de diez años, uno estudiaba para ser abogado, médico, notario, hidrógrafo, pintor..... Tiempo perdido. Hoy tan solo se encuentra un filon de oro; no hay mas que un oficio lucrativo: el de *hacer negocio*.

En una comedia que está muy en boga, que ha metido mucho, mucho ruido, se dice, al hablar de la pasión del día; «*Los negocios* son el dinero de los demás.»

—¿Y dónde principia y concluye este oficio?

Sea dicho entre nosotros, no tiene principio, ni medio, ni fin. Es como si dijéramos, el imperio de Alejandro de Macedonia, es el universo; son los horizontes sin límites. El autor de la comedia en cuestión, cree haberlo dicho todo con su definición. Es un error. Si *los negocios* no fuesen mas que el dinero de los otros, podría pasar. El dinero es redondo y naturalmente ha de rodar. Que pase de mano en mano, de bolsa en bolsa, de caja en caja, nada mas lógico. Pero hay mas todavía. *Los negocios* son los mares, el suelo, los bosques, los ríos, el carbon, el oro, el guano, los bailes, los pastos, los metales, los minerales, los vegetales, los animales, la política, los partidos, todo lo que existe y aun todo lo que no existe.

Una compañía universal de saca-muelas para enviarla á la California o á la Australia.

Todas estas cosas son otros tantos *negocios*.

En la cuarta página de algunos periódicos he visto anunciar caminos de hierro para una parte de la América, donde solamente se encuentran liebres negras y caimanes.

Este es otro *negocio*.

Hasta los literatos se han dedicado á hacer *negocios*: conozco entre ellos... Pero mejor es no nombrarlos. Pasemos adelante. En otro tiempo el agente de cambio y el corredor clandestino, llamado en nuestra bolsa *Zurupeto*, eran los que unicamente *hacían negocio*. Hoy este privilegio es propiedad de todo el que tiene una peseta, aunque sea prestada, para entrar en la bolsa, y si no la tiene puede entrar tambien.

El hombre que *hace negocios* es el descendiente en línea recta de las siete plagas de Egipto.

Es para un Estado lo que las moscas parásitas son para una casa. Chupan sin cesar y viven y medran de lo ageno.

Le basta con tomar de la mano de Juan lo que este alarga á la de Pedro: y con solo este egercicio ve, con la sonrisa del hombre feliz, al labrador que abre la tierra para él; al albañil que le construye su palacio; al vendimiador que le recoge sus uvas; al cocinero que le condimenta succulentos manjares; al poeta que araña en su loor la muerta lira; y á la bailarina que, con una risita de inteligencia, le dedica sus piruetas y sus saltos de carpa.

Tan solo conozco un personage mas reprehensible, mas cargante, mas antipático, mas insoportable que

el hombre que *hace negocios*. ¿Quereis saber quién es este hombre? Pues es el hombre que quiere proporcionar *negocios*.

## Aleluyas.

Del municipal la vida  
es curiosa y divertida.

Nace en un pueblo de fuera,  
y le muerde á la niñera.

Así dá ya á conocer  
lo que despues ha de ser.

Da principio á su carrera  
en un oficio cualquiera.

Despues trabaja de valde  
por complacer al alcalde.

Un día desesperado  
pretende ser empleado.

Y haciendo su memorial  
pide ser municipal.

Le dan la plaza al contado  
y se va á la del Mercado.

Entre manzanas y peras  
reprende á las verduleras.

Y á aquella sociedad culta  
le saca mas de una multa.

En sus ratos mas ociosos  
mata á los perros rabiosos.

Si hay lances comprometidos  
se le cierran los oídos.

Si dos se rompen el alma  
los mira con mucha calma.

Si un coche va disparado  
se marcha á casa asustado.

En casos extraordinarios  
le critican los Diarios.

Con esta publicidad  
adquiere celebridad.

En todas partes sumiso  
está... cuando no es preciso.



Va á las tabernas mohino  
á observar, no á beber vino.

En fin el municipal  
es una cosa especial.

Harto de su profesion  
pide la jubilacion.

Dicen que este ser bendito  
es... muy bueno: ¡pobrecito!

Y aquí queda concluida  
del municipal la vida.

Alegraos, hoy podemos ofrecer un plato de primera mesa: una novedad única en su género, como diria un francés: RARA AVIS, exclamaria Juvenal: y nosotros decimos, ECCE.

*Fracmentos del JAUIA; periódico del año 2820.*

I.

Un nuevo descubrimiento acaba de coronar con el mas completo éxito las importantes escavaciones practicadas bajo la inspeccion del entendido doctor Ferruginoso, en algunos de los sitios en que fué Zaragoza; ciudad célebre en la antigüedad por sus grandes hombres de Estado, su limpieza y sus melocotones.

Entre los diversos objetos encontrados y que arrojan gran luz sobre varios puntos de su historia, algun tanto falseados, mencionaremos los siguientes.

Hácia la parte en que estuvo fundada la Aljafería (célebre fortaleza que detuvo en su paso al ejército invasor norte-americano) en los campos próximos al antiguo Ebro, ha sido encontrada una cajita en la que, entre monedas de la época y un manifiesto de la prensa, (no lo entendemos) se halla el acta de la inauguracion y colocacion de la primera piedra de un ferrocarril entre Zaragoza y Madrid.

De esta via férrea que, segun algunos, debió concluirse, si bien todo induce á creer que no se terminó nunca, afirman varios arqueólogos que tuvo su estacion en el sitio llamado *Campo del Sepulcro*; pero ahora, gracias al precioso descubrimiento del doctor Ferruginoso, queda demostrado palmariamente que estuvo colocada en los campos próximos al Ebro.

Lo mas extraño es, que no se ha podido hallar indicio alguno de fundaciones: si bien se han recogido, perfectamente cristalizadas, las gotas de sudor de los que presenciaron la inauguracion. Tambien se han hallado, y esto no podemos explicárnoslo, dos restos de antiguos instrumentos; que, segun el sábio doctor, deben de ser el palillo de un bombo, y el arco de un violon, que sin duda tomaron parte en tan solemne acto.

Iremos publicando los descubrimientos sucesivos, si los hubiere.

## Fotografias á vista de pájaro.

Hoy, si bien mas aprisa, aunque no mucho mas que las noches anteriores, vamos á menos altura.

Un incidente nos ha detenido en nuestra ascension.

Entre el rum, rum, que llegaba confuso hasta nosotros, oimos clara y distintamente «*Duende.*»

Palabra que obligó á doña Verdad á hacer alto.

En mí escitó la mas viva curiosidad por saber qué tal trato daban á *Martinico* los que se ocupaban de él en aquel momento.

Descendimos hácia el sitio donde se pronunció el nombre de nuestro amigo.

Mi sorpresa fué agradable.

La conversacion estaba sostenida por voces atipladas.

No debia salir mal parado del dominio femenino.

Pedí permiso á mi señora para sacar el antejo, poniéndome á observar á las interlocutoras casi á boca de jarro.

La escena tenia lugar en una de las casas del paseo.

Tres morenas, tipos las tres enteramente diferentes, é igualmente lindas, y una bonitísima rubia, ocupaban los balcones del piso superior.

En uno de los del inferior, se destacaban dos pollas de vaporoso traje, pálidas y no menos hermosas é interesantes.

El porte de unas y otras era fino y distinguido.

—Tienes razon; decia la rubia, mostrando su nacarada dentadura, realizada por unos lábios de hermoso y subido carmin.

Es una lástima que el paseo esté á oscuras y que no podamos, á tan corta distancia, distinguir los objetos; pero los faroles, aunque despacio, van colocándose: cuando menos nos puede servir de consuelo el creer que en el verano actual, tendremos el gusto de ver el Salon algo mas alumbrado. Con lo que no estoy conforme, y á lo que no puedo avenirme nunca, es, á que toque la música, que nos favorece los dias festivos, tan temprano en la Glorieta.

—Siempre estoy declamando contra lo mismo; contestó una de las hermosas pálidas. Es lástima; porque nadie la escucha.

Mira, sino, la gente que frecuenta ese sitio.

Niños, las que los conducen y criadas que no atienden mas que á los requiebros y dicharachos que les dirijen los atrevidos hijos de Marte.

Tanto á unas como á otros les agradaria mas la supresion de ese, para ellos, *ruido incómodo*; que les obliga á esforzar la voz para entenderse.

Creo que tambien á los músicos les gustaria que se les prestase un poco mas de atencion.

¡Cuánto mejor seria que en vez de desperdiciar tanta armonia en la Glorieta, tocasen en el Salon, empezando desde las ocho de la tarde; hora en que se comienza á reunir en él lo mas selecto y escogido de la poblacion!

—Me alegro que seamos de la misma opinion; replicó la rubia. Y ya ves que á bien poca costa presentaria este sitio un aspecto delicioso.



Persisto en mi idea. Debemos dirigir una carta al *Duende*, suplicándole nos ayude á conseguir la variación de hora y sitio de la música.

—¡Jesús al *Duende*! dijo la otra pálida. Eso, no.

—¿Qué inconveniente hay en ello? replicó la rubia. Supongo que será complaciente. Nosotras no debemos tenerle miedo. No sé por qué abrigo la convicción de que el tal *Duende* ha de ser amable. Además nada ha pedido todavía formalmente, y no parece probable que su primera petición sea desairada. mucho menos cuando se hace el intérprete de los deseos de una inmensa y culta mayoría. Son muy escasos los que no participan de igual opinión que nosotras. ¿Os decidís?

—Siendo así, sea; dijeron todas.

—Con tal de conseguirlo, añadió la primera de las pálidas, aunque fuese necesario recurrir á cien mil DUEÑES.

—Os aguardo para redactar nuestra carta.

Dicho esto desaparecieron de los balcones.

—Señora ¿no juzgais conveniente que avise á *Martinico* de esta trama? Pregunté á doña Verdad.

—Sí; cuéntale el suceso. Te dejaré en su casa, y yo iré á descansar. Recomiéndaselo también en mi nombre.

Enteré á *Martinico* de todo lo ocurrido. Fino y en extremo amante del bello sexo, quedó sumamente complacido, y en el encargo de suplicar á la autoridad militar la concesión de la justa pretensión de las hermosas niñas.

No dudo que su súplica será atendida, y estas últimas se sorprenderán agradablemente al ver adimplidos y cumplidos sus deseos.

Su recelo ó prevención hacia *Martinico* desaparece, y en lo sucesivo presumo que les inspirará mas confianza.

Son las doce del siguiente día.

*El Duende* se dirige á entablar su pretensión. Acaba de entrar en casa del señor Gobernador militar.... ¿La conseguirá?

—Sí: pensar lo contrario sería inferir una ofensa á la galantería del que la ha de otorgar.

Los hechos dirán el resultado de su entrevista.

.....  
¿No os parece que, aunque no hayamos tomado ninguna *vista*, se ha aprovechado la noche?

### SECCION GRAVE.

El señor alcalde primero constitucional se ha dignado remitir á nuestra redacción un ejemplar impreso de la cuenta de fondos municipales correspondiente al presupuesto del año 1861.

Digna es de elogio la publicidad que se da á la recaudación é inversión de los mencionados fondos, y digna es de nuestro agradecimiento la atención con que el señor alcalde se dirige á los periódicos de esta

capital, dando en ello una prueba mas del aprecio y consideración que al periodismo profesa.

El señor inspector del movimiento del Ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, ha tenido la galantería de poner á disposición de *El Duende*, en una atenta carta, un pase de libre circulación, durante las fiestas de Tudela, por si á ellas quería asistir alguno de los redactores.

*El Duende* cumple con un grato deber al hacer público esterasgo de atención y de deferencia á la prensa, y dá las mas sinceras gracias al mencionado señor inspector don Carlos Caballero.

El nuevo sargento de la guardia municipal señor Bescós, ha principiado á ejercer su cargo con un celo y una actividad dignos de particular mención. Infatigable por esas calles y plazas, hace cuanto en él está para que se cumplan los bandos de policía urbana, y para que sus subordinados los hagan también cumplir con mayor interés del que hasta ahora habían desplegado. Muchos como Bescós se necesitan entre los municipales, para que recobren el prestigio de que hoy carecen. Y así como tenemos un singular placer en hacer público el mérito del mencionado sargento, lo tendremos en publicar los servicios que este cuerpo vaya prestando.

¿Publicaremos alguno? De los municipales depende.

### Cuentos de «El Duende.»

Un banquero y su mujer.

—¿Ya te vas, amor mio?

—Es indispensable, querida: los negocios...

—Sí, sí: marcha y gana para mí aunque no sea mas que un milloncito.

Un ayuda de cámara decia á su señorito, primogénito de un título de Castilla:

—Hoy no vendrá el maestro á daros lección, señorito: está enfermo.

—Mucho me alegro. ¿Y crees que se morirá?

—Oh... tanto como eso no.

—Pues mira, lo siento mucho.

Mi amigo J... me hablaba de casarse con la rica señorita A...

—No te la darán; le dige.

—¿Y por qué?

—Porque no tienes nada.

—¿Qué no tengo nada?

—Ah; es verdad; tienes deudas.

—¿Qué calumnia! Ya no las tengo.

—¿Desde cuando?

—Desde que no encuentro un *primo* que quiera prestarme. Hace mucho tiempo.